

## **G. Folena, *Vulgarizar y traducir. Idea y terminología de la traducción desde la Edad Media hasta el Humanismo*, trad. española de Guillermo Piro, Sevilla, Mármol-Izquierdo Editores, 2024, 168 pp.**

Helena Terrados González

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcl.99265>

Más de treinta años después de su primera edición, finalmente ve la luz en castellano uno de los ensayos pioneros en la reflexión moderna sobre Historia de la Traducción. *Volgarizzare e tradurre, con altri scritti sulla traduzione* fue publicado por vez primera en 1991 por Gianfranco Folena, Catedrático de Filología Románica y de Historia de la Lengua Italiana en la Universidad de Padua y uno de los filólogos y literatos italianos más destacados del siglo pasado. Una obra con la que presentaba de manera sintética un recorrido por el concepto y la praxis de la traducción desde sus orígenes grecolatinos hasta su desarrollo en el Humanismo y que respondía al renovado y creciente interés por estudios teóricos al respecto, por lo que se convirtió en un ensayo de referencia. Con motivo del centenario del nacimiento de su autor, la obra fue reeditada en italiano en 2021, y a raíz de ello se traduce por fin al español bajo el título que aquí presentamos.

En el Prólogo al ensayo (pp. 9-14), Folena expone cómo, nacido al calor de un congreso en Trieste en 1973, su objetivo inicial con este estudio era ahondar en la Historia de la Traducción desde tres planos diversos, pero correlacionados: “palabras, ideas y praxis” (p. 10), es decir, investigar en torno a la semántica de la traducción, su recorrido histórico y su aplicación práctica desde los albores de la literatura europea hasta su consolidación como concepto “consciente” en el siglo XV, partiendo del criterio de que, para él, “no se da teoría sin experiencia histórica” (p. 11). El ensayo aborda la traducción desde las constantes aporías, tensiones y contradicciones que han ido surgiendo entre sus pensadores, a partir de la relación entre texto y lengua, y la consecuente creación de “extrañamiento” (*Verfremdung*), si la traducción se apega en exceso al original, o de “tradición”, si consigue asentarse en los usos discursivos naturales de la lengua término.

De esta forma, a lo largo de trece capítulos teoriza sobre el concepto de traducción desde los tres planos mencionados —semántico, consciente y práctico—, que se superponen y entrelazan. En el primer capítulo, “1. *In principio fuit interpres*. Tradición y traducción” (pp. 15-20), Folena presenta una reflexión breve —aunque colmada de eruditas notas al pie y de referencias bibliográficas teóricas— sobre cómo la traducción es, *de facto*, el origen de la tradición literaria de una cultura, a partir del consabido “*traduttore=traditore*” de Roman Jakobson.

En los capítulos 2 y 3 se expone la oposición del concepto en su origen grecolatino. En “2. Idea y terminología de la traducción oral y escrita en Grecia y Roma” (pp. 20-23), define la traducción como “una forma fundada en la arbitrariedad y en la bipolaridad del signo lingüístico [...] en el sentido [de] que solo el significado es transmisible en lenguas y [...] en sistemas semióticos distintos mediante nuevos significantes” (p. 20). Sobre esta no equivalencia, se plantea la dicotomía entre traducción oral o “interpretación”, presente en el griego ἐρμηνεύς, y traducción escrita, esencialmente derivada del *interpres* latino. El capítulo “3. Concepto cultural y terminología griega y latina de la traducción” (pp. 23-27) plantea los términos relacionados en

Grecia siquiera lejanamente con la idea de traducir (ἐρμενεύω, μεταφέρω, μεταβιβάζω, μεταφράζω, μεταγράφω) y las primeras pinceladas del concepto acuñado de manera consciente por los latinos, desde el ciceroniano *conuertere*, el hoy ya rechazado *reddere* senecano, el *mutare* de Quintiliano y el jeronimiano (y también ciceroniano) *exprimere*, entre otros, hasta que *transferre*, *translatio* y, mucho después, *traducere*, se vuelvan predominantes.

El capítulo “4. Medioevo plurilingüe” (pp. 27-32) pone el foco sobre el plano de la idea. Afirma Folena que, en la Edad Media, “se pierde primero el valor dinámico de la *aemulatio* y de la traducción artística, y el concepto de traducir se extiende al de la pura transmisión de contenidos” (p. 28). Se centra en dos hechos fundamentales del período: la pluralidad lingüística del nuevo marco europeo, que trae consigo una “conciencia de gramaticalidad y de autonomía de los vulgares” gracias a la traducción, y el “valor sagrado cristiano de la palabra como *uerbum Dei*”, que fomenta –y, al tiempo, obstaculiza– la aparición de “auxilios hermenéuticos” a los textos sagrados. Asimismo, en este capítulo se plantea una de las teorías, a nuestro modo de ver, esenciales de toda la obra: la diferencia entre una traducción “vertical”, supeditada al prestigio del latín sobre el vulgar, y una traducción “horizontal”, una “trasposición verbal” entre lenguas semejantes y afines culturalmente como son las romances (p. 31).

En el capítulo “5. Variedad de nociones de traducción en el Medioevo. El marco del francés antiguo” (pp. 32-44), reflexiona sobre la falta de un concepto unitario medieval para la actividad de traducir. A raíz del prólogo de María de Francia a su traducción de las *Fábulas* de Esopo y de otros textos franceses de los siglos XII y XIII –que se presentan en fragmentos trilingües de original francés, traducción italiana de Folena y castellana del traductor Guillermo Piro; una praxis constante en el volumen y, a nuestro modo de ver, innecesaria, pues bastaría con el original y la traducción castellana–, se extraen los términos *translater* y *turner*, locuciones como *faire le rime* o *traitier en romanz* –de la que Folena deriva los franceses *romancier* y *enromancier* y el español *romancear*– y los tecnicismos *latimier* y *latiner*. Del mismo modo, en “6. Jean de Meun y la idea del *bien translater*” (pp. 45-51) subraya la importancia de la literatura francesa para el desarrollo del concepto, con la figura de Meun y la oposición entre el *bien translater* y el *enromancier*, pues, en sus traducciones de Vegecio, esboza un intento de actualización semántica y de préstamos del latín, mientras que, en su *Livres de Confort de Philosophie* de Boecio, ya refleja un deseo de alejarse de la traducción “palabra por palabra” para responder a “*le commun profit*” (p. 51).

A partir del capítulo “7. Los sicilianos y el redescubrimiento de la traducción poética. Dante y el prisma de la intraducibilidad de la poesía” (pp. 52-60), se abandona el panorama terminológico francés para adentrarse en el conceptual italiano. Se presenta la contraposición entre traducción artística y poética y la relevancia de Giacomo da Lentini y Iacopo Mostacci como excepcionales –en el sentido etimológico– traductores poéticos; por el contrario, se expone la formulación de Dante de la “intraducibilidad de la poesía” (*Convivio*, I.VII), centrada en las dificultades del lenguaje poético: el conocido *legame musaico* y los elementos formales (*constructio*, *ordo*, *numerus* y *sententia*). En “8. El marco terminológico italiano medieval de Brunetto Latini a Dante y Boccaccio” (pp. 60-74), de nuevo el foco son los *uerba* –tan abundantes y variados, confiesa Folena (p. 64), que solo puede ofrecer una síntesis–: el *volgarizzare* de Guidotto da Bologna, el *ritrarre in vulgare* de Brunetto Latini y el *transmutare* de Dante, así como la crítica de Iacopo Passavanti contra los vulgarizadores (pp. 71-72), y, en el extremo opuesto, el *Proemio del volgarizzatore* de Boccaccio (pp. 72-74) que, según Folena, será la antesala de *les belles infidèles*. En el capítulo “9. Las primeras vulgarizaciones de los clásicos latinos. Poesía y prosa, Virgilio y Cicerón. Brunetto Latini y Leonardo Bruni traductores de Cicerón” (pp. 75-87), Folena se adentra en la praxis premeditada de la traducción humanística y diferencia un Prehumanismo de finales del XIII, en el que las primeras vulgarizaciones buscan una “actualización programáticamente anacrónica” (p. 76) que acerque el contexto al lector –es el caso de la *prosa d’arte* alcanzada por el Cicerón de Latini–, y un Humanismo de mediados del XIV, donde las traducciones “implican una renovación decisiva en el modo de lectura y asimilación de los clásicos” (p. 80) –como la *Eneida* de Ciampolo di Meo degli Ugurgieri–; pero, para Folena, será a partir de Bruni cuando se sienten las bases de una traducción en vulgar que sepa trasladar el ritmo y el sentido del original para “enriquecer las capacidades culturales” del romance (p. 87). Por consiguiente, los capítulos “10. En los albores del

Humanismo: la nueva problemática de la traducción y la relación entre griego y latín. Petrarca y Homero” (pp. 87-94) y “11. Coluccio Salutati y Leonardo Bruni. Bruni teórico de la traducción y del *De recta interpretatione*” (pp. 94-118) deben, necesariamente, abordar el pensamiento sobre la traducción que ha despertado al invocar a Bruni. El primero plantea la “parábola humanista”, esto es, la traducción del griego al latín, incentivada por Petrarca y llevada a término por Leoncio Pilato; se presentan, pues, fragmentos de las dos cartas de Petrarca, a Boccaccio (*Var.* 25) y la *Epistola ad Homerum* (*Fam.* 24.12), en las que reflexiona sobre la problemática de verter Homero en latín. El segundo, el capítulo 11, ofrece finalmente la teoría traductológica de Bruni, no sin antes esbozar el concepto de traducción de Salutati (“*res uelim, no uerba consideres*” [p. 96]), de nuevo, respecto a Homero. Sobre Bruni, Folena desgrana su noción de “hermenéutica del traductor” y los puntos clave del *De interpretatione recta*, extraídos directamente de fragmentos del texto: conocimiento profundo de la lengua “*de qua transfers*”, pleno dominio de la lengua a la que se traduce, capacidad de traducir el arte del período y el ritmo, *imitatio* del estilo personal del autor y, por último, lograr una “con-versión” desde la verdadera fidelidad (pp. 102-106), todo ello desde la “realización en primera persona de un ideal de vida y la imagen del propio humanismo cívico” (p. 110).

Los dos últimos capítulos se alejan un tanto del discurso global del volumen y resultan una panorámica del concepto histórico moderno de *traducción* y su fundamento teórico. Así, en “12. Historia de un neologismo semántico europeo: *traducere* y familia (*traductor, traductio*)” (pp. 118-130), el autor corona a Bruni como el pionero del concepto de *traducere* –y del *nomen actionis traductio*– y, por ende, como primer eslabón de toda una cadena de pensadores: Guarino Veronese, Ermolao Barbaro, Domenico da Prato, Giovanni Rucellai, Vespasiano da Bisticci, Benedetto Varchi..., todos continuadores de la estela de Bruni –y de todos se ofrece algún fragmento de sus reflexiones–. El último capítulo, “13. Marco y trayectoria terminológico-cultural de la idea de traducción” (pp. 130-133), es una perfecta síntesis de la reflexión particular de Folena sobre el concepto a tenor del recorrido histórico-semántico que ha presentado en sus páginas: la gravitación de significado, la oposición literalidad/libertad y, en definitiva, el objetivo de la traducción en las diferentes épocas, instrumental en la Edad Media, artístico y didáctico en el Humanismo, todo ello resumido en un sintético esquema (pp. 132-133) que sirve de corolario al ensayo. Como epílogo, tal y como anunciaba el título original italiano, Folena añade “Otros escritos sobre traducción”, resultado de diversas experiencias académicas suyas –congresos, encuentros, premios...– y varias consideraciones al respecto surgidas a lo largo de los años: “Traducción y tradición europea de Petrarca” (pp. 135-138), “La traducción de los clásicos en Padua” (pp. 138-140), “La primera traducción de Ariosto” (pp. 140-143), “Un cambio de caballos” (pp. 143-154, sobre el poeta Giovanni Giudici) y “Addison y la traducción operística” (pp. 154-168).

Con esta traducción española, *Vulgarizar y traducir* se reafirma como un clásico en Historia de la Traducción, un estudio de gran calado ya desde su primera publicación y que aún hoy resulta indispensable para conocer y reflexionar sobre el panorama del ejercicio translaticio y su desarrollo en los contextos latino y francoitaliano. Con todo, y a pesar de la relevancia de una figura como la de Folena para las letras italianas –e, indefectiblemente, para las clásicas y las romances *sensu lato*–, el presente volumen sigue siendo el único trabajo del autor editado en nuestra lengua. Por ello, al margen de los errores tipográficos –debemos confesarlo, alarmantemente abundantes– y los deslices de la traducción al castellano –también no poco frecuentes y en ocasiones notorios, en tanto que dificultan la correcta lectura o rompen los matices semánticos y terminológicos del original–, *Vulgarizar y traducir* resulta un ensayo teórico imprescindible, pues invita al traductor a ser consciente de su propio ejercicio a través de la expresión de esa autoconsciencia traductora que otros formularon antes que él, desde los albores de la traducción hasta el nacimiento de la Traductología.